

UN MAESTRO

por Eugenio D'ORS

I

Los ojos de nuestros hijos son nuestros jueces. Las preguntas de nuestros hijos son nuestra eterna licenciatura, por no decir nuestras oposiciones interminables. Julio César Borgese, el ilustre crítico italiano, me contaba un día de los problemas que le presentaba su primogénito.

—Papá —le preguntaba una vez, —por qué el gas arde hacia arriba y la electricidad hacia abajo?

O bien, en otra ocasión:

—Papá, ¿por qué le han puesto al rey el nombre de una plaza?

En tales momentos la pregunta resulta disparatada; pero no por ello la respuesta menos embarazosa.

Ninguna crítica tan segura y rápida sobre maestros y educadores que la de sus discípulos desde el primer día. Unos muchachos están sentados en un banco; un desconocido profesor se presenta ante ellos y les habla. A la hora de lección, aquéllos ya le han tomado, y para siempre, la medida. Una medida que, por encima de los engaños, de las ilusiones y de las farsas del momento, por encima de títulos y de gacetillas, y de jerarquías oficiales, y de tablas de valores de uso, incluso por encima de las sugerencias más apremiantes del medio, coincidirá muy probablemente con la medida de la justiciera posteridad.

¡Ay del maestro, ay del superior en general que cae o desce ante los ojos de sus alumnos, aún mozos, aún niños! Estos, en la mayor parte de los casos, no sabrán justificar su dictamen. No importa; no por ello será menos seguro; no por ello se volverán más posibles apelación y revisión.

Los ojos no fatigados son nuestros jueces. Su sentencia ni siquiera tiene necesidad de formularse en palabras. La leemos, inevitablemente, para nuestra satisfacción o nuestro despecho, para suprema justificación o definitivo desengaño.

En el jardín de las miradas es donde más frescamente se respira aquel perfume exquisito que se llama el respeto.

II

Hemos conocido a un maestro que con sus discípulos, que fueron niños primero, luego adolescentes y señoritos, no sólo trabajó confraternamente, sino que jugó y rió en la más alegre y despreocupada libertad.

Les contó las historias de mayor gracia o maravillas; paseó con ellos pescos o ranas; anduvo por playas o montes; comió manjares, mondó espinas, sesteó al regalo de las fuentes o durmió de noche, junto al mar, al cobijo precario de una barca o de una vela. Y reveló dudas y confesó ignoranças y no temió de introducir a los otros en el misterio público del propio trabajo. Y no supo de teatralidades ni tampoco demasiado de disciplina.

Sin embargo, aquel perfume del respeto acompañó cada una de sus lecciones. Y toda su vida fué una lección.

III

La lección fué impeccablemente, infatigablemente, la de la aristocracia de la conducta. Este maestro fué un caballero. No damos aquí a la palabra el sentido ordinario con que ciertas veces cada noche puede oírse empleada, por ejemplo, en una Cámara parlamentaria o en un círculo de recreo. En una asamblea hemos oido decir de un asambleista: "Si lo que se afirma de él fuese cierto, a puntapiés le sacaríamos de aquí!" Todos los que decían esto sabían que era cierto lo que de aquel caballero se decía.

Pero a nuestro maestro le llamamos

OCTUBRE

Es un ambiente amable, dionisiaco, llena el sol los ubérrimos terrenos, de perfumes los surcos están llenos como un leve sahumero afrodisíaco.

Oh, Primavera, báquica muchacha, ingenua y loca tu canción resuena, parece que infiltraras en mis venas un fermento sutil que me emborracha.

Mi espíritu a la luz se precipita libre de trabas por la vez primera, quiere hallar, empapado en Primavera, el tónico moral que necesita.

Espontánea y vivaz mi fantasía echa a volar sus aves luminosas, siento en el alma floración de rosas que convierte el cerebro en armonía.

Están la vida y el amor latiendo como una vibración de lo infinito y, cual si fuera la alegría un rito, hoy quiero honrar a Dios cantando y riendo.

H. H. Sivay

No valemos caballerescamente por lo que hacemos, sino por lo que sacrificamos. El Cellini, gran productor, gran creador, no fué en su vida un caballero. O, mejor, lo fué en un instante nada más; en el instante, más o menos legendario, de arrojar al fuego las joyas.

Las patas blancas en los caballos

Las autoridades en asuntos hípicos han creído por mucho tiempo que la coloración blanca de las patas en los caballos "calzados" era un defecto intrauterino, como los lunares en las personas, y la misma explicación han venido dando de la estrella o mancha blanca que también presentan con frecuencia los caballos en la frente.

También se ha pensado que estas marcas pueden ser un signo de degeneración de raza. Pero hoy parece probable que ambas opiniones se apartan por igual de la realidad, y que tanto la estrella como las patas blancas son indicio de pureza de sangre. En las mejores razas caballares, en las que se han hecho menos cruzamientos y se ha introducido menos sangre extraña, tales marcas son, en efecto, frecuentísimas.

Actualmente se admite que las razas escogidas (árabe, inglesa, andaluza, etc.), han heredado la belleza y las excelentes condiciones de los caballos del Norte de África, pero no de los morunos, sino de sus antepasados, los caballos de los antiguos libios. De estos mismos caballos deben proceder las mareas blancas, pues sin duda los corceles de la Libia procedían de algún caballo salvaje del mismo país, y se observa que todos los solípedos africanos salvajes tienen las patas blancas, aun cuando algunos, como la cebra, presenten encima rayas negras.

En cambio, los caballos salvajes de Asia tienen las patas negruzcas, y en consecuencia se observa que en las razas caballares más bajas, formadas principalmente por influencia asiática, son frecuentes las capas torda, baya y óvula, con los remos más oscuros.

El alumbrado de los faros

A Egipto pertenece la gloria de haber construido el primer faro de que guardan memoria los anales de la Humanidad. Dicho faro se hallaba emplazado en la isla de Faros, en la embocadura del puerto de Alejandría. Fue mandado edificar por un gran gobernante, Tolomeo II, seiscientos sesenta años, aproximadamente, antes de nuestra era.

Esta torre media 305 metros de altura, y fué considerada como uno de los monumentos más grandiosos de la civilización antigua, hasta que en el siglo XIV fué arrastrada por el mar.

Su luz consistía en una hoguera de madera, habiéndose empleado el mismo procedimiento en todos los faros hasta comienzos del siglo XVII. En 1790, el faro de South Foreland, en Inglaterra, se alumbraba todavía con carbón.

El famoso faro Eddystone, en 1759, se encendía con 10 libras de bujías, y un reloj provisto de una campana anunciaría cada media hora al faro que había que velar por ellas.

En 1763, lámparas de aceite con reflectores eran empleadas para la iluminación del canal Mersey, y después de la invención del alumbrador Argand, veinte años más tarde, el aceite era el alumbrado típico.

El aceite mineral fué introducido en 1872, y las mechas concéntricas del alumbrador Argand dieron lugar al manguito incandescente, que es el que todavía hoy suministra la luz a la mayoría de los faros del mundo.

